

carecido esas sillas de las riquezas y pujanza que irritaban la ambicion y codicia de los príncipes temporales y que servian de pretesto para las quejas de los enemigos de la Iglesia. Lo temporal, en vez de proteger lo espiritual, contribuyó á perderlo.

Leopoldo P reinaba en Alemania desde mas de cuarenta años. Destinado en su infancia al estado eclesiástico, recibió una educacion conforme á esta vocacion muy prematura; mas la muerte del primogénito modificó las miras de su familia: á diez y ocho años ya era emperador. Háse ensalzado sus conocimientos, su habilidad política y su discernimiento en la eleccion de aquellos á quienes dispensaba su confianza; mas le han echado en rostro al mismo tiempo una ambicion descomedida, pronta siempre á agitar el azote de la guerra. Él fué quien desempeñó el principal papel en la liga de Ausburgo contra Luis XIV, contribuyó al destronamiento de Jaime II, rey de Inglaterra. Quiso con esto arrebatár á la Francia un aliado; mas al mismo tiempo era un firme apoyo de la religion católica, conducta bastante inconsecuente de parte de un príncipe que amaba la religion y que parecia llenar sus deberes con todo celo. Hasta consigo mismo estaba en contradiccion Leopoldo á la sazón; por cuanto, mientras favorecia la revuelta en Inglaterra, reprimia con mano de hierro la de Holanda. Su severidad habia producido en este reino un espíritu de descontento, que no se pudo

reprimir aun á la vista de los mas fuertes rigores. Un cadalso, levantado en la ciudad de Eperies derramó el terror entre los Húngaros y ahogó sus gritos. Los Tekeli, los Ragotzi y demas gefes de los descontentos, fueron sucesivamente abatidos.

Federico Augusto, elector de Sajonia, elevado recientemente al trono de Polonia, habia abrazado públicamente la religion católica. El príncipe electoral, su hijo, siguió el propio ejemplo. Educado por el P. Salerno, jesuita, y despues cardenal, hizo abjuracion en Bolonia en 1712, entre las manos del cardenal Casoni; mas retuvo esta conducta secreta por mucho tiempo. Hasta entonces se habian lisonjeado los Luteranos de que el cambio del rey de Polonia no seria de ninguna consecuencia con respecto al electorado y que el hijo persistiria en la comunión. Cuando llegó á su noticia su conversion, su celo se alarmó por ella. Temieron ó fingieron temer por sus intereses, publicaban que la confesion de Ausburgo estaba en peligro; que iba á prevalecer el *papismo*; que ya estaban prontos á perder los frutos de la reforma y que era necesario ponerse en guardia contra las tentativas de un príncipe católico. Semejantes rumores no dejaban de hacer alguna impresion en los ánimos asustadizos. Quejábanse de la destruccion de cinco iglesias protestantes que acababan de desaparecer en las fronteras de Polonia, exagerábanse los mas insignificantes acontecimientos, y se llenaba de ponzoña las mas inocentes acciones. Dirigiéronse



numerosas reclamaciones al elector, el cual para disipar las sospechas y las alarmas de sus súbditos y vecinos publicó una declaracion, anunciando su intencion de no modificar nada de cuando estaba establecido en sus Estados, relativo á la doctrina, al reglamento de las universidades y á los derechos y privilegios de la confesion de Ausburgo, sin pretender con todo estorbar en nada el ejercicio de su religion para él y sus sucesores. Estas promesas y la moderacion del elector eran muy propias para acallar todas las quejas. Sin embargo renováronse los gritos en 1719, á la ocasion del casamiento del príncipe de Sajonia con la archiduquesa María Josefina, hija del emperador José. Como, merced á este casamiento, demandó el emperador Carlos IV, tio de la princesa, que hubiese en Dresde una iglesia para los católicos; apenas se recibió esta noticia casi estalló en la Sajonia una sublevacion. No parecia sino que el Luteranismo se veia en esta sola concesion, amenazado de una ruina total. El espíritu de tolerancia práctica no habia hecho todavía grandes progresos entre los protestantes, y no se sentian nada dispuestos á conceder á los católicos lo que otras veces han solicitado con tanto ardor para ellos mismos. La prudencia del elector, con todo, tendió á privarlos de todo pretesto. Suportaba que en la capilla llamada de la corte, se celebrase el rito luterano lo mismo que si el príncipe hubiese pertenecido á esta comunión, y se contentaba con tener

una capilla interior, donde asistia á la misa y demas oficios, siguiendo el rito romano, y admitia á los católicos de la ciudad. Este arreglo ha durado hasta nuestros dias.

El partido protestante se asustaba á la sazón de todo. Un accidente muy poco importante sin duda, acaecido en Hamburgo, manifestó cuales eran sus disposiciones relativamente á los católicos. Dos hombres del pueblo, el uno católico, y el otro luterano, trabaron disputas en medio de la calle; el primero arrojó al segundo una piedra, que casualmente dió contra las vidrieras de un templo, precisamente en la ocasion en que el ministro estaba distribuyendo la cena. Al principio la asamblea no se alteró mucho á la vista de este accidente, que suponía como prueba de falta de respeto; mas cuando supo que un católico habia arrojado esta piedra, entonces su resentimiento estalló con toda su vehemencia: agrupáronse los luteranos, corrieron á la capilla de los católicos, rompieron sus vidrios, hicieron trizas los ornamentos, pisotearon las imágenes, y se llevaron los vasos sagrados. Poco satisfechos de esta primera venganza, se trasladaron á la habitacion del residente imperial, y la saquearon. Desde las diez de la mañana hasta las ocho de la noche duró el desorden y el tumulto, y no fueron reprimidos sino á la presencia de las tropas que acudieron. El residente del emperador se quejó con vehemencia: era ya la segunda vez que su habitacion habia sido saqueada por el populacho. Fuélo por primera



vez un día en que Cristina, reina de Suecia, hecha poco tiempo hacia católica, daba en ella un banquete con motivo de la elección del Papa. Vióse esta reina obligada á huir precipitadamente de allí. El emperador pidió que el senado hiciese restablecer la capilla y la habitación, que castigase á los autores del tumulto, y pagase 100,000 escudos. Los habitantes de Hamburgo tentaron vanamente sustraerse á esta satisfacción; el rey de Inglaterra, cuya protección reclamaron, estaba ligado entonces con el Emperador, y les aconsejó que le aplacasen con su sumisión. Y como estuvieron desavenidos también con el rey de Prusia, el cual los acusaba de que estorbaban el culto de los calvinistas, se vieron obligados á someterse á las condiciones que les prescribieron.

Otro motivo de discusión se levantó todavía mucho más grave que este, y que llamó ya la atención del emperador. El elector palatino Juan-Guillermo de Baviera Neuburgo era un príncipe religioso, y protegía á los católicos, tiempo hacia privados en su país del ejercicio público de su culto. Un día pidió al consistorio protestante de Heidelberg la mitad de la iglesia del Espíritu Santo de esta ciudad, que estaba dividida entre católicos y protestantes: separábala una pared que la desfiguraba. Deseaba el elector erigir en ella sepulcros para los príncipes de su casa, en la parte que ocupaban los protestantes, y les proponía en cambio otra iglesia toda entera; mas estos se negaron á la demanda. El elec-

tor, después de haber agitado todos los recursos de la negociación, fatigado de la resistencia tenaz de los ministros, abate la pared de separación, y se apodera de lo que no habían querido concederle: este fué el primer desafuero. El segundo consistió en prohibir la publicación de un catecismo, donde los ministros habían afectado insertar una adición reciente, diciendo que el culto de la religión romana era una idolatría, y que los que la profesaban debían ser considerados como idólatras. Ofendido el elector de una acusación tan directa contra él, suprimió el catecismo, hasta que fué borrado este artículo. El consistorio de Heidelberg levantó el grito hasta las nubes, y escitó las más vivas quejas entre los protestantes del Palatinado: escribió al rey de Prusia y á los demás príncipes de su comunión, todos se interesaron unánimes en este asunto, especialmente el elector de Brandeburgo, nombrado rey de Prusia, puso en esto grande celo, puesto que, considerando ultrajados á los protestantes, los vengó lanzándose y apoderándose de algunas iglesias católicas. El rey de Inglaterra, el duque de Wurtemberg, animaron también con ahínco el partido del consistorio. Despojáronse por vía de represalias muchos lugares y establecimientos católicos: en Minden, Zell y Hammersleben, se cometieron excesos. Vanamente alegó el elector palatino las justas quejas que tenía contra los ministros; vanamente espuso que habiendo ofrecido á los calvinistas otra iglesia no podían



rehusar razonablemente su demanda: el bien de la paz y las instancias del emperador le obligaron á ceder, y los ministros de Heidelberg tuvieron la gloria de precisarle á volver atrás.

A fines del siglo precedente se habian concebido grandes proyectos para la reunion de las iglesias protestantes con la católica. El mas famoso de estos proyectos, tanto por la importancia de las cuestiones que se agitaron, como por el mérito de los teólogos que las discutieron, fué, sin contradiccion, el que se formó por los años 1690, bajo los auspicios del obispo de Neustadt en Austria. Una deliberacion de las dietas del Imperio habia autorizado á este obispo para que diese algunos pasos cerca de los príncipes protestantes, y el emperador Leopoldo le dió todavía mas latos poderes. Este prelado era tanto mas propio para semejante negociacion, cuanto, á mas de su calidad de teólogo y controversista, estaba dotado de dulzura y moderacion. El principal acceso que halló fué en la casa de Brunswick, donde nombraron para tratar con él á un teólogo de sus Estados, el doctor Molan, ó Molanus, abate luterano de Lökkum, y director de los consistorios del ducado de Hanover. Era este un hombre instruido, con caracter conciliador, y tenido en su comunión en grande estima. Despues de algunas conferencias con él, el obispo de Neustadt creyó deber apoyarse en el socorro del ilustre Bossuet, cuya reputacion se habia estendido en Alemania, mereciendo por su *Exposicion de la*

*doctrina católica* y por sus otras obras de controversia, que se le considerase allí como un talento superior. Cierta princesa nacida en el calvinismo, que ya habia abandonado para abrazar la religion católica, y luego la vida monástica, contribuyó tambien á que entrase el obispo de Meaux en la tal negociacion. Era la princesa palatina, abadesa de Maubuisson. Mucho deseaba esta rasgar la venda de la duquesa de Hanovre, su hermana, y tenia el particular cuidado de introducir en esta corte las mejores obras de controversia que se publicaban en Francia. Ella hizo suplicar á Bossuet que examinase un escrito del abate Molanus, y diese luego su parecer acerca de él. Bien pronto se introdujo otro hombre célebre en esta negociacion: tal fué el filósofo Leibnitz, muy apreciado de los príncipes de Brunswick, cuyos vastos conocimientos, profundo juicio y espíritu de tolerancia fueron harto conocidos. Estos tres negociadores establecieron entre ellos una correspondencia que se prolongó mucho tiempo con bastante regularidad. Enviábanse recíprocamente escritos para llegar al objeto que se habian propuesto, indicando cada uno la senda que juzgaba mas á propósito para salir bien de sus empeños. Hállanse estos escritos en la coleccion de las obras de Bossuet, y admírase en ellas el talento de este grande hombre, tanto combatiendo los planes de los dos Alemanes, como trazando la verdadera ruta que debia seguirse para llegar á una conciliacion segura. Parece



que Molanus se retiró de esta discusion, y se cree que Leibnitz no se resintió de que cargase toda entera sobre él. Hanle tambien acusado de no haber usado en esta controversia del mismo espíritu de moderacion del abate de Lokkum, y de haber contribuido, por medio de dificultades é incidentes multiplicados, al mezquino éxito de tamaña tentativa. Bossuet y Leibnitz se estuvieron escribiendo durante los años 1692, 93 y 94, sin que adelantasen nada. Por último quedóse de repente interrumpida la correspondencia, y no se reunió hasta 1699, á instancias del duque Antonio-Ulrico de Brunswick, de ese mismo que abandonó despues el luteranismo. Conocia todo el mérito de Bossuet, y deseaba vivamente saber su parecer acerca de varios puntos, así que Leibnitz escribió de nuevo al ilustre obispo, el cual respondió en 1700 con dos grandes cartas, en las cuales satisfacia al duque relativamente á muchas dificultades. El duque de Brunswick le hizo dar las gracias, y tal vez debe atribuirse á estas cartas el primer germen de la conversion de este príncipe. Leibnitz replicó, y hubo todavía entre el filósofo y el prelado algunas cartas que no consiguieron nada. La última carta es de Bossuet, y fechada en 17 de agosto de 1701: versa sobre el decreto del concilio de Trento, relativa á la canonicidad de las Escrituras: esta fué la última pieza de este proceso.

Hubo igualmente, en el trayecto de este siglo, otros diversos proyectos de reunion entre las dife-

rentes ramas del protestantismo y las de la Iglesia romana. En 1722, el rey de Prusia emprendió reunir á los calvinistas y los luteranos: no demandaba sino, segun se dice, la conformidad del culto, sin exigir conformidad de creencia; sin pensar, á lo que parece, que una reunion cimentada en semejante base habia de ser forzosamente pasagera y simulada, por cuanto el culto no es sino el exterior, la corteza de la religion, siendo la creencia su verdadero fondo. Desgraciadamente los políticos desdennan el fondo para fijarse en la corteza. El rey de Prusia escribió á los cantones de Zuric y de Berna para empeñarles á favorecer sus miras; vituperaba en su carta la fórmula de *Consensus* prescrita en Suisa. Vanamente se esforzó en otras partes buscar el buen éxito de su proyecto: el consistorio luterano de Sajonia, adicto á los principios rigurosos de la Confesion de Ausburgo, rechazó este plan como contrario á los principios de su comunión.

No nós hallamos muy instruidos por lo que toca al estado de la literatura en Alemania, á principios del siglo XVIII, para presentar un cuadro bien completo de los escritores eclesiásticos que tuvo esta nacion en dicha época. Sabemos en general que florecian los estudios en las universidades católicas en Viena, en Praga, en Munich, en Wurtzburgo, en Tyrnaw: conócense los nombres de algunos escritores. Agustin Erath, abate de San Andrés, era un escritor de mérito y un religioso edificante; murió en 1719, despues de haber



llenado funciones importantes, reparado su abadía, formado una escogida biblioteca, y publicado disertaciones históricas y teológicas. El abate Shannat, muerto en 1739, no fué menos conocido por sus escritos sobre la historia y antigüedades eclesiásticas: estaba relacionado con el cardenal Pacione. Dejamos de nombrar á muchos otros escritores católicos, por cuanto no parecieron en escena hasta mas tarde, y harto es sabido que queremos limitarnos á la época que nos hemos señalado.

Mas ricos nos hallamos de noticias acerca del estado de las ciencias eclesiásticas entre los protestantes, los cuales han sido en general mas curiosos en hacer valer los servicios que los de su comunión han tributado á diferentes ramos de la literatura. En efecto hallamos entre ellos, desde principios del siglo XVIII, sabios distinguidos en diferentes géneros, pero siempre relativos á la religion. Juan Alberto Fabricius, de Leipsick, heredero de un nombre ya querido de los literatos, lo sostuvo por su caracter, conocimientos, vida laboriosa y aplicada, y con sus investigaciones sobre la sagrada Escritura y escritores eclesiásticos. Compuso un gran número de obras, dió lecciones públicas y guardó ademas una correspondencia muy dilatada. Juan Federico Mayer, luterano como el precedente, surintendente de las iglesias de la Pomerania, tenia grande erudicion y escribió sobre la sagrada Escritura, acerca de la cual ha dejado

numerosos escritos. Meelfuhrer se consagró especialmente á la teología. Juan Olearius, de Hall en Sajonia, fué uno de los teólogos mas instruidos y fecundos de su comunión. Sus obras acerca de la teología están muy esparcidas y apreciadas entre los suyos. Su hijo Godofredo Olearius, muerto en 1715, dos años despues de su padre, escribió contra los socinianos. Juan Jorge Bitz, de Leipsick, tuvo grande reputacion de predicador, de moralista y de filólogo. Refutó al ingles Asgill, manifestó la vergüenza y daños del ateismo, hizo una edicion del Nuevo Testamento griego, y publicó diferentes obras, algunas de las cuales no carecen de mérito. Adam Rechenberg, profesor de teología en Leipsick, fué autor de tratados de controversias y editor de otras obras. Augusto-Herman Franck, nacido en Lubeck en 1663, fundó en Leipsick conferencias sobre la sagrada Escritura, y en Hall la casa de los Huérfanos, establecimiento magnífico, que hace honor á su actividad, generosidad é industria. Tambien ha dejado sermones y libros de literatura biblica. Cítanse de Goëtze, pastor en Lubeck, mas de cincuenta escritos diferentes sobre varias materias de religion, teología, filosofía, literatura y crítica. Jaeger, de Stutgard, es conocido por una historia eclesiástica, por tratados de teología, por un examen de la doctrina de Spinosa y por observaciones sobre Puffendorf y Grocio. Enfin otros muchos teólogos podriamos citar de la misma comunión, cuyos conocimientos



y obras son muy apreciadas en Alemania, y que tambien fueron útiles á la causa comun del cristianismo, por su celo en defender los grandes principios de la revelacion y la moral. No parece que la incredulidad tuviese entonces en Alemania partidarios decididos. Mas el socinianismo habia hecho ya algunos progresos en ella, y esta heregia se aproxima mucho á la irreligion. Otras sectas se formaron tambien de cuando en cuando, cobijadas por un principio constitutivo de la reforma. Dippel fué famoso con sus extravagancias; Spener, autor del pietismo, ha sido muy diversamente juzgado. Petersen, pastor en Osnabruck, era un entusiasta que se habia declarado por los delirios del milenarismo, y muchas otras opiniones igualmente delirantes, hasta tenia revelaciones, decia. Vese de consiguiente que el protestantismo de Alemania se hallaba destrozado por varias sectas que nacia en su seno, ya minado sordamente por un error capital, que se arri-ma mucho al deismo, y que debia, con el tiempo, devorar las ramas salidas del tronco de la Iglesia romana.

ESPAÑA.

Pocos hechos poseemos sobre la España. En la historia civil, los tiempos en que una nacion no está en guerra, viviendo en armonía con los de dentro y los de fuera, no ofrecen grandes materias

al escritor que va á trazar sus anales. La tranquilidad de los Estados hace monotona las historias, y como se quiera que sean curiosas, es necesario agitacion y movimiento. Lo mismo acontece con la historia eclesiástica. Cuando la religion de un pais se conserva intacta, cuando no se atreve el error á levantar cabeza, cuando reina la armonía entre todas las autoridades, cuando, cada cual sigue sencillamente el camino que le han trazado y la Iglesia es respetada y obedecida; entonces todo se verifica con un orden y concierto que nada dan al historiador que referir. Volúmenes enteros son necesarios para relatar disturbios; al paso que cuatro páginas bastan para dar cuenta de un estado de paz. Pronto pues tendremos concluida la ojeada sobre España.

Esta grande porcion del catolicismo, esta patria de tantos varones eminentes en santidad, no habia sido perturbada, á par de los demas Estados de Europa, por los reformadores del siglo XVI. Bien habia oído rugir á su alrededor las borrascas, mas nada sufrió por ellas. Ni las nuevas doctrinas, ni las discordias, ni las guerras que aquellas promovieron no habian conseguido penetrar en su seno. Es verdad que se habian tomado para conjurar todo espíritu de discordia las mas severas medidas. Con frecuencia se ha vituperado y mucho mas en nuestros dias la fuerza del tribunal de la Inquisicion y el vigor de sus procedimientos. Mas, sin ánimo de pretender legitimar en